

ATIVOS

cer, pero el mosqueo secular le hizo callar: «A ver en qué paraba todo aquello». Arreó la yunta y empezó a labrar. Le salían los surcos un poco torcidos, porque el ejecutivo no le dejaba ver bien y, además, le decía que así y así, pero mal dicho, porque no se enteraba de nada.

Vino después la bina, el desta-

mos a alzar con la ayuda de Dios. ¡Cosme, el sillín!

Aquella vez fue diferente, el Nemesio se acercó al tronco de la oliva y tomó su garrote, luego se acercó al ejecutivo:

—Ni sillín ni na. Usted se va ahora mismo por donde ha venido o lo eslomo.

—Pero, ¿qué dice, rústico?... ¡Soy su ejecutivo!

—Usted es un pintaná, y no vuelva más como no traiga un camión de duros, que es lo que nos está haciendo falta. Usted no se sienta más en mi arao, así lo diga el Papa. ¡Fuera!

Se resistía, así que Nemesio le amagó y el «attaché» cayó al suelo. Luego, al ver que la cosa iba en serio, echó a correr. Las abarcas del labrador pisaban en la cima de los surcos y disgregaban los terrones; los finos zapatos del ejecutivo intentaban posarse en cualquier parte, y los pies se enredaban y se confundían. Dio un par de caídas, se manchó el traje y perdió las gafas. Logró llegar al coche, aunque con dos verdugones en las espaldas y un zapato menos.

—¡¡¡A Roma!!!

DRAMA RURAL

lle, el abonado, la recolección y el acarreo. El ejecutivo señalaba coyunturas y hacía indicaciones. De vez en cuando desaparecía una temporada, jugaba al tenis o al golf y volvía a tiempo de dirigir a Nemesio en sus tareas.

Pasó un año y hubo otra vez que alzar. El ejecutivo, largo tiempo ausente en París, apareció en el momento justo en que Nemesio uncía.

—Buenas, dilecto labriego, va-

GOLIAT



«HAPPENING» DE CALLE

Aparece Ejecutivo 1, vestido de ejecutivo.

Su portafolios es, en realidad, un portahuevos.

Se queda mirando a todos los lectores. Se sienta en el banco público para esperar a que abran el Banco privado.

Abre el portafolios —que es, en realidad, un portahuevos— y saca un huevo.

Lo casca.

Extrae un salero y echa sal sobre el huevo.

Se lo come muy despacio (o muy de prisa, a voluntad del director escénico).

Surge el Ejecutivo 2, vestido de ejecutivo.

Su portafolios es, en realidad, un portahuevos.

Realiza las mismas operaciones que su colega.

Así van surgiendo ejecutivos —uno detrás de otro y dentro de un orden—, hasta que el banco público se parece cada vez más al camarote de los Hermanos Marx.

Hay cien, tal vez mil, ¿por qué no dos mil?, ejecutivos. Y todos comen huevos, previamente rociados de sal, previamente extraídos de sus portafolios que, en realidad, son portahuevos.

A juzgar por el banquete, parece ser que sus portahuevos venían llenos de huevos, pues nunca terminan de comer huevos.

Sin embargo, el Banco privado no abrirá sus puertas hasta que al cajero no le cuadre un balance, del que sobran cincuenta céntimos, que no sabe qué hacer con ellos.

Bien mirado, ¿qué puede hacerse con cincuenta céntimos hoy en día?...

Los ejecutivos se disponen a hacer una digestión muy pesada, y en eso llega el Juicio Final.

(THE END)

JACK

